

# La chaza

Marita Lopera

María Lopera Rendón (Marita) tiene como profesión el teatro, aunque los azares del mundo la llevaron a ganarse la vida como profesora.

En esta escena se encontró con la literatura y desde eso anda con ella en concubinato. A veces compone músicas en acordes menores, disonantes; a veces se ríe mucho o hace silencio y por eso tal vez es que participa en un programa radial que se llama Akoustikoi Literario, pues la palabra “akoustikoi” significa la perfección del oyente del silencio; a veces se va al río a nadar; y, casi siempre y sin saber muy bien por qué, siente.

La cosa fue en el pasaje comercial Junín con Maracaibo. El primer almacén era una joyería —que aún pervive; no recuerdo su nombre— y, tal vez, dos o tres locales más adelante estaba la juguetería. ¡Ah, sí! Recordé que hay que decir que este pasaje comercial queda en frente del Ástor —ya se hizo suficientemente famoso por al *autico rojo* de *Gonzalo Arango*— y, vecino a él, el almacén El Canadá que por esta década ochentera era uno de los lugares en que las damas de la ciudad podían encontrar los zapatos de cuero más finos y variados —comprados a crédito, es decir, sacados “por club”, esto también hay que mencionarlo porque era usual ir de paseo al Centro aunque en el fondo sólo se tratara de salir a pagar los clubes que mi mamá me tenía en el almacén Arlequín donde los zapatos se organizaban de manera pulcrísima en tremendos armarios con cajoncitos tamaño del tallaje y que cubrían todas las paredes del local (perdón por el inciso)—. Quizá eran las tres de la tarde, las cuatro, (cuando se es niño estas pequeñeces carecen de peso) pues habíamos tomado *el algo* en La Fuente, y bueno, yo siempre me pedía un salpicón con helado —mi mamá solía premiar mis buenas calificaciones con uno de dos bolas— y mientras que mi hermano pidió un buñuelo con Milo (lo mismo que mi mamá y mi tío quienes en vez de Milo lo acompañaron con café con leche) yo me comí mi salpicón hasta el final de la copa. En La Fuente había un payasito mecánico de overol verde que daba vueltas en un trapecio en medio del salón: se trataba de un local largo aunque angosto y los meseros eran los mismos señores que nunca envejecieron y lucían como fotografías retocadas, y claro, ninguna fuente de agua —ni nada parecido— entre las mesas. Comimos y salimos a *juniniar*; entramos al pasaje y mi hermano y yo nos embebecamos en la juguetería mientras que mi mamá y el tío siguieron de largo, y a prisa, por el agigantado pasaje de almacenes. Así que al voltear nuestros ojitos —que por fin recordaron que no andaban de compras de juguetes sino haciendo vueltas con los grandes—, vimos que estábamos solos. Solos. Muy solos mi hermano y yo en frente de la juguetería. ¡Cuánta soledad en la niñez de los niños! Nos tomamos de la mano y nos adelantamos, no sé, cinco locales, persiguiendo un rastro invisible como en el cuento de Hansel y Gretel, pero nada de familia ni mamá ni tío ni nadie. Solos entre la corriente de personas que pasaban de largo sobre nosotros... nos pusimos a llorar. No quedaba más. Había que llorar a moco tendido, berrear como borregos expatriados, chillar, qué más se nos habría ocurrido sino paralizarnos entre la gente y lloriquear como buenos niños perdidos que veníamos a ser —niños con la pancita llena, eso sí—, pero chillones, ¿quién dijo llorar?, ¡a llorar se dijo! Y con las lágrimas de muchachitos calzados con zapatos de *cuero voltiado*, camisetitas polo de rayas y rodillas raspadas, por fin, un ser humano —alma caritativa para fortuna nuestra— se fijó en nosotros: era el señor de la chaza. La chaza. Sí, la chaza de la entrada al pasaje comercial. El término exacto corresponde a un lugar que en el imaginario del dueño le pertenece aunque está, en realidad, en una orilla del espacio público, justo en el sitio por el que la gente tiene que pasar, pero con la novedosa vocación de vender de todo al menudeo. Cigarrillos —lo principal—, mentas en presentación confite, chicle, masticable, tictac —miniaturas de precio inalcanzable que viene en una cajita dispensadora toda coqueta—, mentas en cardamomo, mentas con anís, cigarrillos de menta —para niños—, y otras tantas variantes de la menta; así que pasamos la vista por los dulces (son los cajoncitos contiguos): cocadas caseras, manzanitas de coco, arroz soplado —en paquetitos con infinidad de colores—, *Coffee-delight* (no sabría el plural de la palabra), chokolatinas Jet —de empaque azul—, Frunas, cofio, minisigüí, ¡ah! Y la costosísima leche condensada La Lechera, «ídame una lecherita, dame!» no dejaba de

pensar en ello sentaditos en la chaza, porque allí nos tuvimos que quedar no sé cuánto, a lado del ventero —el alma caritativa y único dueño— de la chaza de madera rústica (parecía construida con las cajas de tomates de la plaza del mercado), pintada de verde y blanco con esmalte a base de aceite y ordenada con ánimo obsesivo por colores, tamaños, variedades, figuritas, necesidades y ofertas. Y, sin embargo, ini un confite! ¡Nada! No nos convidó a nada aunque me hubiese aprendido de memoria el diseño quisquilloso con que dispuso de sus productos, en frente de nuestras narices inconsolables. Cuánta tacañería en medio de sus preguntas: «que, ¿cómo se llaman? ¿Y el apellido? ¿Cómo así que no se saben el apellido de la mamá?! ¿Y el teléfono de la casa? ¿La dirección, el barrio? ¡Pero niños! ¡A ustedes no les han enseñado nada en la casa o qué! Sí señor, a dos pesos, no, ese paquete sí es de veinte pesos, tome *los vueltos*, idejen de llorar que ya va a venir por ustedes la policía! —Y los ojos le brillaron, no sé, con un matiz de mamífero carnívoro—» ¿La policía? ¡Si nosotros no hemos hecho nada! —pensé, bueno, si es que al miedo se le puede decir “pensar”— y que nos mantuviéramos sentados en la butaca y que no digan que están perdidos y que ¿este monito es hermano suyo? « ¡No se parecen en nada! Ojalá aparezca rápido la mamá y el tío porque si no me va a tocar entregarlos en adopción a una pareja de *gringos* que andan por los lados del parque Bolívar buscando familia, ijmm! ¡Harto que les convendría!» Y entre tanto llegaron —ial fin!—, como salidos de las grietas de la acera o como por arte de esa magia que hacen en las piñatas o como un pedazo de chocolatina que uno esconde en un bolsillo del morral del colegio y se lo encuentra a los días como si fuera un tesoro, mi mamá y el tío y, por supuesto, pasó todo eso que tenía que pasar: abrazos, llanto, besos, más lloriqueos y un camino de regreso a casa repitiendo sin descanso el número del teléfono hasta que se nos clavó en el cerebelo, en el corazón, *dos cincuenta y tres cerounodieciseis...*

En alguna parte me palpita el número...

A mi hermano, por suerte todo se le olvida, en cambio yo... En tardes como la de hoy siento ganas de marcarlo para ver si yo misma me respondo, veinte años después de perderme, y poder comprobar si, en verdad, me encontré.